

demográficas realistas, participar en la formación cívica de la sociedad y en combatir los prejuicios que limitan el ejercicio de la libertad individual.

Finalmente, el aporte más notable de la obra de Klaiber —en nuestro concepto— es la demostración de cómo en el Perú se ha impuesto y se quiere imponer una deficiente versión del Estado Corporativo Católico "que intenta regular las actividades de las empresas, los sindicatos y otras instituciones sociales, no para suprimirlas, sino para asegurar que emplean una función social en favor de los grupos marginados" (p. 389). En efecto, ya durante la dictadura del General Velasco se construyó un Estado todopoderoso que respondía a estas características y que hoy el APRA desea reproducir, pero lo más interesante es constatar que la izquierda marxista también ha recogido este proyecto y lo viene aplicando a modo de globo de ensayo en el Pueblo Joven "Villa El Salvador". Allí un alcalde marxista (ex-jesuita) ha puesto en marcha el corporativismo católico que se basa en "la propiedad social, el cooperativismo y la empresa autogestionaria" (p. 388). A no dudarlo, estas anacrónicas corrientes colectivistas han logrado sobrevivir en el Perú cuando ya "la Iglesia misma había abandonado hacía bastante tiempo muchos de estos esquemas corporativos en favor de planteamientos más democráticos" (p. 389).

Creemos que toda obra que suscita el debate y la discusión es ya de por sí interesante y valiosa, y *La Iglesia en el Perú* de Jeffrey Klaiber excede largamente estos requisitos.

*Fernando Iwasaki Cauti*

HERBERT S. Klein. *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*. Madrid, Alianza Editorial, 1986.

Este nuevo libro del profesor Klein actualiza nuestros conocimientos en torno a la esclavitud en los países de América Latina y el Caribe continuando —y en muchos aspectos superando— las dos anteriores síntesis de que disponíamos: el pequeño y siempre útil libro de Rolando Mellafe (*La esclavitud en Hispanoamérica*, Buenos Aires, 1964) y el valioso texto de Leslie Rout Jr. (*The african experience in Spanish America*, Cambridge, 1976). El libro de Klein, que en casi 200 páginas resume apretadamente cuatro siglos de experiencia africana en nuestro continente, incorpora además algunos temas sobre los cuales los investigadores actuales vienen enfatizando: comunidad y cultura afroamericana, familia, resistencia, etc. Apoyado en una sólida y envidiable bibliografía tiene también el mérito de ser el primer estudio que abarca conjuntamente

te las experiencias esclavistas de la América española, portuguesa y francesa. Así, con esta base informativa de historia comparada se amplían enormemente los horizontes de estudio y se enriquece la perspectiva de análisis.

Los seis primeros capítulos estudian la distribución de la mano de obra esclava en la estructura económica y productiva de las sociedades a que arribaron; simultáneamente, Klein nos brinda un panorama bastante completo de las fases productivas de los recursos asociados con la esclavitud. Luego, los capítulos 7 al 10 enfocan más bien los aspectos culturales, sociales y mentales de la experiencia de los propios esclavos. Finalmente el capítulo 11 presenta un panorama comparativo de los diversos procesos abolicionistas. Dada la profusa amplitud de los temas abordados en el libro, hemos preferido aislar dos o tres aspectos que consideramos pertinente resaltar antes que intentar siquiera glosar el contenido total.

Un primer punto es el que tiene que ver con esa peculiar combinación que se dio en estos países de diversas formas de propiedad y explotación de la mano de obra esclava. Ya desde el siglo XVI se percibe una tendencia al relajamiento de la institución esclavista entendida como el control absoluto y directo del amo sobre la vida y el trabajo del esclavo. El libro de Klein nos permite apreciar cómo aquello que parecía ser un rasgo atípico resulta más bien una constante: la presencia de mecanismos tales como el esclavo "alquilado" o el esclavo "jornalero" (conocido en Brasil como *escravo de ganho* en las plantaciones y *fasqueiro* en las minas). Sobre todo el segundo amerita una atención especial, pues las implicancias de esta práctica no son en modo alguno de poca envergadura.

Una de las consecuencias más importantes, señalada por el autor, es aquella que concierne el mercado de trabajo y de consumo, dinamizado considerablemente por la presencia de esta masa de esclavos que trabajaban por su cuenta, ganaban dinero, y se ejercitaban como consumidores. La extensión de esa práctica, por tanto, tenía un impacto notable sobre la vida económica de sus respectivas sociedades. Otra de sus implicancias es el efecto de esa forma laboral sobre las posibilidades de manumisión de los esclavos y el consiguiente debilitamiento progresivo de la institución esclavista, dada la capacidad de acumulación —limitada pero existente— que poseían. En un artículo reciente (*Economía*, X, 19, 1987) Christine Hünefeldt ha explorado este asunto en relación a la esclavitud limeña en el siglo XIX.

La configuración de estas modalidades al interior de los sistemas de esclavitud denota ciertamente su carácter predominantemente urbano en el contexto de la América hispana y por lo tanto de naturaleza más "abierta" que los regí-

menes de plantación como el del sur de los EEUU. Sin embargo, el libro de Klein nos permite constatar que aún en sociedades con una alta proporción de esclavos en agricultura de plantación —Cuba y Brasil, por ejemplo— este tipo de fórmulas no estuvieron ausentes.

Otro de los temas abordados por Klein es el de las condiciones de vida de los esclavos y el tratamiento que recibían. La polémica en torno a una mayor "suavidad" de la esclavitud hispanoamericana es de antigua data. Aquí los esclavos habrían recibido un tratamiento más "humano". ¿Puede en efecto hablarse de un sistema más blando que otro? ¿Cómo medir esa diferencia? Aunque nos parece algo ociosa la pregunta planteada en estos términos, Klein nos brinda algunas pistas para superar el dilema. Por ejemplo, sostiene que la comparación entre ciertos índices vitales para esclavos de países diversos con la finalidad de percibir una diferenciación en el trato que recibían, no es el camino adecuado. Más bien se inclina por comparar las tasas vitales de los esclavos de un país con aquellas de las poblaciones libres del mismo. Esto permite, por ejemplo, concluir que la esperanza de vida de los esclavos no se diferenciaba demasiado de aquella de las poblaciones libres con las que convivieron (p. 104). Las implicancias de esta perspectiva podrían llevarnos muy lejos, pero debemos ser prudentes. El propio Klein admitiría relativizar su hipótesis puesto que poco después (p. 105) afirma que "no sorprende que los esclavos padecieran las peores tasas de morbilidad y mortalidad dentro de las sociedades donde residían". En todo caso, investigaciones concretas sobre los niveles de vida de los grupos sociales nos darán pistas más firmes, pero el giro metodológico nos parece pertinente.

El asunto al que hemos hecho referencia —el tratamiento otorgado a los esclavos— se halla también en la base de las discusiones en torno a la respuesta de los esclavos frente a la dominación. ¿Docilidad o fiereza? ¿Acomodación o rechazo? Estamos aquí frente al espinoso tema de la resistencia. Los esclavos pusieron en práctica una serie de mecanismos para enfrentar su situación, pero estos no necesariamente implicaban un choque frontal con los fundamentos mismos de la esclavitud. El mito del esclavo indomable y siempre dispuesto a rebelarse hace tiempo dejó de seducir a los investigadores. Mucho más realista —y mucho más cerca del sentido común— es considerar que los esclavos —al igual que casi todos los miembros de las clases explotadas en la historia— tienden siempre a procurar conquistas y mejoras en su situación antes que llevar la confrontación hasta su extremo. Y no ciertamente por "reformistas" o por "satisfechos" sino por un casi elemental cálculo de posibilidades y necesidades. Así, pudieron los esclavos acceder a pequeñas (quizás) pero importantes ventajas. Pero hay más. Como ha argumentado Orlando Patterson (*Slavery and social death*, Cambridge, 1982) la antítesis de la esclavitud no era ne-

cesariamente la libertad, tal como podríamos considerar hoy, sino la capacidad de establecer lazos y relaciones sociales: no es por tanto en relación a la autonomía completa como debemos juzgar las conquistas de los esclavos, sino en función de la ampliación de su capacidad para superar esa "muerte social" que los condenaba al desarraigo y la dominación.

Por lo demás, las condiciones de vida de las clases populares "libres" y la desventaja adicional del color de la piel, hacían que muchos esclavos no estuviesen demasiado interesados en liquidar su status (como podría probarlo el hecho de que luego de la abolición muchos de ellos permanecieran con sus amos) y más bien practicaran lo que Steve Stern ha denominado "resistant adaptation": dentro de los límites del sistema —y a veces estirándolos— procuraban conquistar espacios y afirmar ventajas: cierta autonomía en las decisiones individuales, capacidad de movilización, establecimiento de lazos y redes familiares y sociales, manejo de recursos económicos propios, y eventualmente la adquisición de la libertad. Cuando éstas eran inviables o se veían coartadas, las posibilidades de pasar a una acción directa —revueltas, rebeliones, fugas masivas, etc. aumentaban.

Adaptación y resistencia no son, entonces, nociones excluyentes, y por el contrario aparecen casi siempre estrechamente combinadas. Por todo ello, el capítulo dedicado por Klein a la resistencia esclava, si bien nos parece altamente sugerente, se ve limitado al no considerar con la debida profundidad estas opciones. Resulta sí valioso el análisis del autor de las dos formas más recurrentes y visibles del descontento esclavo: el cimarronaje y la rebelión, pero en cambio trata con cierto desdén otras manifestaciones "cotidianas" de la resistencia: delito, robo, destrucción de bienes, trabajo a desgano, sabotaje, etc. Quizás tenga razón al considerar que estas eran expresiones de una condición de pobreza en general y no manifestaciones específicamente esclavas, pero aún así su impacto sobre el destino individual de los esclavos y la vitalidad de la institución esclavista no debería subvalorarse.

Estas —y otras— reservas que podemos percibir en el libro no nos hacen olvidar que, dado su carácter de ambiciosa síntesis, es casi inevitable que contenga imprecisiones y generalizaciones que requerirían de algún matiz, como por ejemplo su afirmación en torno a la eficiencia de las plantaciones y el rendimiento de los esclavos (p. 48). Igualmente debemos señalar errores de información (en algún pasaje habla de 90,000 esclavos en el Perú a fines del XVIII y más adelante menciona que en 1792 había 41,000) y también ciertos defectos de traducción (en relación a las poblaciones indígenas de la colonia se les llama "grupo cultural dominante" desconociendo el clarísimo sentido que esa palabra tiene).

En suma, estamos frente a un libro que los estudiosos de la esclavitud acogerán con interés y gratitud, y que cumple a cabalidad sus propósitos de brindar una visión global y sintética de la esclavitud en esta parte del continente.

*Carlos Aguirre Ramírez*